



Retazos de mí. Snatches of me.

Henry Labrada

Bailarín y estudiante de Danza moderna y contemporánea en la Universidad de las Artes, Cuba.
gutierrezpedrojuan@yahoo.es g.maurisset@gmail.com

Recibido 01/12/2014

Aceptado 11/12/2014

Revisado 09/12/2014

Publicado 01/01/2015

RESUMEN

Este trabajo es una íntima exploración de la identidad, repasando los caminos que nos forman y nos construyen viajando por la vida.

ABSTRACT

This work is an intimate exploration of identity, reviewing the ways that shape us and build us traveling through life.

PALABRAS CLAVE / KEYWORDS

Danza, cuerpo danzario, investigación artística, ensayo collage. / Dance, body dance, artistic research, collage essay.

Para citar este artículo:

Labrada, H. (2015). Retazos de mí.
Tercio Creciente, 7, págs. 39-44, <http://www.terciocreciente.com>



1er Acto La casa y la madre

Nací en una familia de artistas y talentos que nunca se han descubierto. Crecí en el corazón de la ciudad, en un séptimo piso con acceso restringido a la calle y a los demás niños. Era el más chiquito de los primos y de los hermanos. Mi abuelo era músico de jazz. En casa resaltaban todo el tiempo las armonías de sus instrumentos. Adoraba escucharlo ensayar con su saxo y su piano. El haber estado rodeado de buena música fue para mí una gran influencia, pues mi oído musical comenzaba a educarse y mi cuerpo se apropiaba de ritmo. De niño me encantó bailar. Siempre había ritmo en mí. Todo el tiempo saltando y dando volteretas por todas partes de la casa. Fue en la casa donde mi cuerpo comenzó a ser armónico, tranquilo y ágil.

Mi madre fue la figura de mayor importancia y apoyo durante mi niñez, ya que estaba separada de mi padre y este vivía poco lejos de la casa. Ella había querido ser bailarina, pero no lo desarrolló, así que de vez en cuando, mientras estaba feliz se ponía a bailar en la casa frente al pequeño radio. Yo siempre la observaba. Fue desde entonces que comencé a verme en ella como en un espejo. Sus movimientos, su manera de caminar, sus gestos, su forma de vestir. Sin darme cuenta comenzaba a imitarla a ella y no a mi padre. Mi cuerpo, a través de cierta imitación se apropió de plasticidad y delicadeza. Fue una amenaza para mis padres. Todos se preocuparon por mis nuevos comportamientos así que nadie me llevó a una escuela de danza, sino al psicólogo. Este señor de supuesta comprensión dijo a mi madre que debía practicar deportes y actividades de roles masculinos. Mi padre comenzó a recogerme los fines de semana para llevarme a jugar beisbol en los parques de la ciudad. Yo detestaba este juego y más cuando me quedaba en su casa. Ciertamente rechacé mucho este lugar. Rompía con mi tranquilidad y mi libertad de ser yo mismo. A veces me volvía rígido y mi cuerpo se tensaba, y otras veces ni hablaba.

2do Acto Los bloqueos (Capacidades e incapacidades)

Comencé en deportes de combate a los 7 años. Mi primer gran éxito fue haber obtenido la cinta amarilla... De esta categoría no pase, ni siquiera aprendí a defenderme, no me gustaba pelear. Algo de gran valor durante esta temporada fue haber desarrollado a edad temprana ciertas capacidades motrices partiendo de la

memoria motriz y muscular. Aprendí a romper la inercia y a relacionarme con otros cuerpos. Al mismo tiempo conocí mi primer gran bloqueo: El patito feo. Yo no era feo, al contrario tenía mucha gracia, solo que estaba en el lugar equivocado y era mal visto. Recuerdo que me llamaban el clásico porque le daba al deporte la intención plástica y amanerada de la danza, lo que provocó mi exclusión de los círculos y grupos de compañeritos. ¡¡Competencias ni pensar!!! Rechazaba completamente el deporte pero este dio fuerza, ligereza y coordinación a mi cuerpo danzante que recién comenzaba a germinar. Luego comencé en la gimnasia artística. Este campo me gustaba mucho más, de cierto modo canalizaba mi energía. Fue aquí donde conocí el control y mi cuerpo adquirió máxima fuerza, elasticidad y flexibilidad. Era muy riguroso el entrenamiento. Aquí conocí a un fiel compañero: la disciplina, mi cuerpo danzante comenzaba a educarse.

En 6to grado hicieron en la escuela captaciones para la escuela elemental de ballet. Fui elegido entre pocos alumnos, y luego de mucha ilusión me negué a asistir a las clases. Según mi padre, los varones no usábamos mayas apretadas al cuerpo. Qué tonto pensamiento!. Comenzaba a sentir complejos y la impresión de mis padres ya era demasiado importante para mí. Entonces intenté probar otros géneros artísticos. La pintura expandió mi imaginación. Recibí talleres de pantomima, teatro y baile de tango de salón. De cualquier modo llegaba a la danza. El teatro me acercó a las emociones, a la plasticidad, a ser espontáneo y a educar la voz. Me apropié de ciertas técnicas de interpretación partiendo desde los principios de Brecht y el sistema de Stanislavski. Conocí un nuevo tipo de memoria totalmente desconocida para mí: la memoria emotiva. La pantomima me llevó a unificar emoción, expresión y movimiento mediante el silencio. Mi cuerpo dejó entonces de reproducir mecánicamente movimientos vacíos, ahora se preparaba para expresar ideas y emociones.

Luego de un par de años me presenté a las captaciones para la escuela de espectáculos. Era el más chico del grupo de captaciones, así que no tuve la oportunidad. Al patito feo le quedaba mucho por madurar.

3er Acto La escuela, el rigor y el posmodernismo

Ya tenía 15 años cuando por suerte llegué a la Escuela Nacional de Danza donde estudié danzas españolas. Mi lenguaje se enriqueció conociendo nuevas técnicas: flamenco, ballet, todo género de danzas españolas regionales, técnica de danza moderna, estilización de la danza española, escuela bolera, preparación física y mi

favorita: composición. Por primera vez mi cuerpo se enfrentaba a un salón de clases, riguroso y agotador; y vivió la experiencia de pararse sobre un gran escenario. El primero que conocí fue el Gran Teatro de la Habana, una experiencia inolvidable. Bailé en muchísimas puestas. En las primeras ocasiones, gracias al "Patito feo", hice de árboles, de relleno y a veces simplemente no bailaba. Mi pasión me obligó a esforzarme.

Estuve cuatro años de estudio colgándome todas las tardes, deseando que un par de camiones me estiraran por las extremidades para crecer. Crecí un poquito. Una vez me afectó las rodillas por dormir con las piernas dobladas para estirarlas. Pero el Patito feo seguía en mi vida. Los altos seguían bailando y los chicos íbamos a verlos danzar. Gracias al Patito feo desarrollé y expandí mis conocimientos. Estuve durante una temporada sin poder bailar. Temporada que aproveché para observar y estudiar a fondo las obras y planes de estudios. Comprendí que en las escuelas no se tiene en cuenta la parte afectiva y sentimental del danzante, y que a veces no es de mucha importancia el cómo el estudiante se apropiá de los conocimientos. No nos enseñan a reflexionar, ni a descubrir nuestra individualidad, ni a mirarnos por dentro, ni a escucharnos. Solo a reproducir formas tradicionales con nuestro cuerpo y luchar vanamente por una puntuación. Llegué a sentirme robotizado. Los fuertes entrenamientos de la escuela más las cargas de trabajo para crecer sin conocimientos me produjeron lesiones. La Kinesiología fue una de las asignaturas que más adoré en la escuela, fue una vía para conocer a fondo lo que era un cuerpo humano y saber trabajar con este.

En los últimos años de la escuela di un estirón y llegó a mis manos un libro importantísimo para mi vida "El Arte de Componer una Danza" de Doris Humphrey. Luego conocí algo llamado Posmodernismo y danza contemporánea. Mi cuerpo danzante encontraba afinidad con estos nuevos principios del movimiento como arte. Vi obras del Judson Dance Theater, trabajos coreográficos de Merce Cunningham, Alvin Nikolais, Jiri Kylian, Rafael Bonachela, Matz Ek y tantos que fueron suficientes como para desear abandonar mis tacones de flamenco y los trajes ajustados. La tendencia posmoderna, primera etapa de la danza contemporánea me arrastró en un proceso de búsqueda sobre qué realmente pretendía hacer como bailarín.

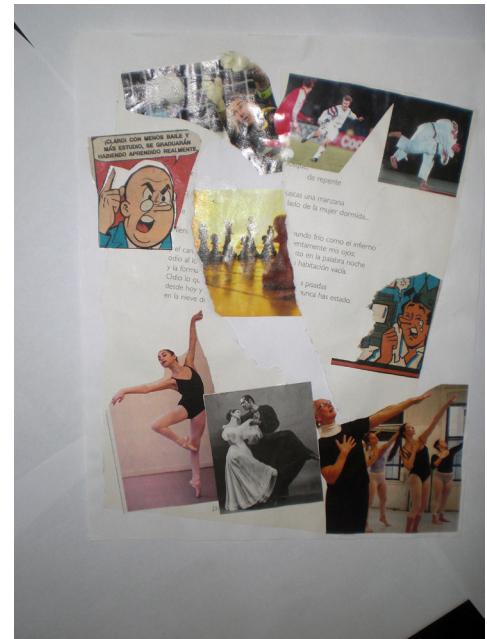
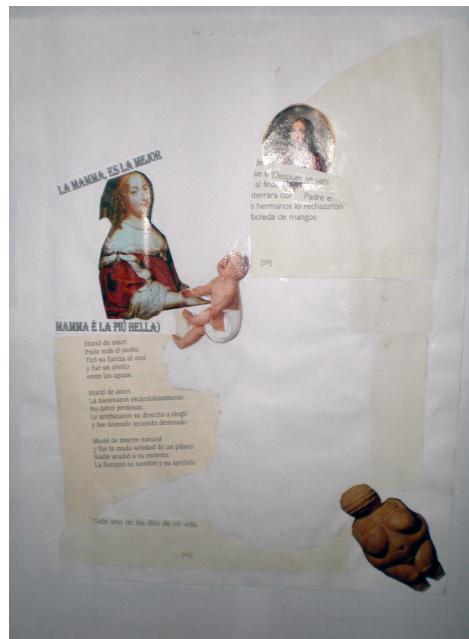
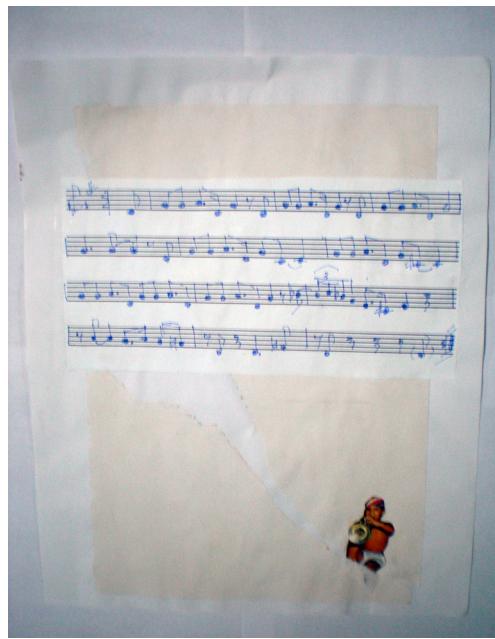
Emprendí una búsqueda más interna por lo que finalizando mi adolescencia tuve acercamientos al Reiki (método de curación a través de la energía). Estudié y practiqué la filosofía del budismo japonés de Nichiren Daishonin, un método de religión que me educó sobre la comprensión, el positivismo y la ecuanimidad. El acto meditativo dio a mi cuerpo danzante relajación y más seguridad.

4to Acto La Compañía, la escucha y un cisne resplandeciente

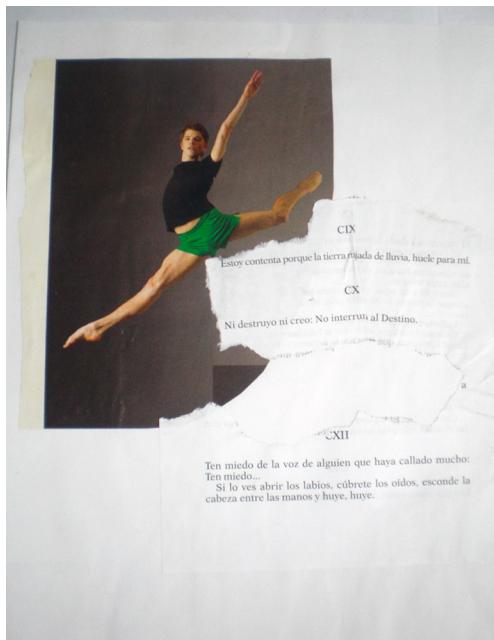
No conocí el entrenamiento psicológico hasta que llegué a la compañía de Rosario Cárdenas, donde la base de todo movimiento parte del auto reconocimiento y el diálogo interno. Fue aquí donde realmente comencé a observarme desde adentro y a reconocer mi cuerpo ensamblado a mis emociones, intenciones y deseos. Cuerpo y mente comenzaron a entenderse. Con Rosario aprendí un mundo de técnicas interesantes de cómo moverme en el escenario, buscar la naturalidad del movimiento, a combinarlos, a desestructurar, a canalizar la energía, conocí sobre principios de la eukinesia, a contrastar tonos musculares, a moverme e interpretar desde una forma más pura, a vocalizar, observar, caminar, y lo más importante, reconocerme. Bailé en obras de renombre y comencé a indagar mi propio lenguaje danzario. Rebuscando entre mis cualidades y cualidades de movimiento y en la posibilidad infinita de un cuerpo humano inteligente, descubrí un cisne inmenso y resplandeciente. El Patito feo ya estaba desecharo. Ahora tengo más claro el sendero por el que deseo transitar. Simplemente escucho mi cuerpo, luego danzo.

Acto 5to La búsqueda, un sendero interminable

Considero que debemos enfrentar nuestros bloqueos y vivir con ellos sin temerles ni rechazarlos porque eso es lo que somos, seres humanos y no máquinas. Debemos tener conciencia de ellos, con solo saber que están ahí, basta para observarlos y erradicarlos gradualmente. Corregir, es la palabra. Al fin y al cabo los bloqueos son más pequeños que nosotros mismos y que nuestros sueños. Ahora sigo buscando, aunque las barreras se incrementan, nutro mi cuerpo de diferentes técnicas y lenguajes porque la evolución no permite pausas y la búsqueda no se detiene, nunca.







POEMAS TOMADOS DE LA ANTOLOGÍA POÉTICA: MORIR EN PARÍS Y AQUÍ ENTONCES

AUTORES PEDRO JUAN GUTIERREZ (MATANZAS, 1950) Y BENJAMÍN PRADO (MADRID, 1961)